

PERFIL ACTUAL DE DONOSO CORTES

Situémonos en 1848. Es el año en que truena ya la honda subversión de Europa. Toda esa década ha acumulado fermentos revolucionarios. En 1840 lanzaba Proudhon sus invectivas contra la propiedad; en 1842, mientras Augusto Comte publica su *Cours de philosophie positive*, Marx y Engels laboran en *El Mercurio del Rhin*; dos años después se constituye en Alemania la primera asociación obrera según las nuevas tendencias; en 1847, el año en que Cavour asume la dirección del *Risorgimento*, aparece el *Manifiesto Comunista*. Y en 1848, las luchas y fragmentaciones continentales. Luis Felipe sale de las Tullerías, y quienes recogen el Poder proclaman la República: a decir verdad —la sentencia es de Balmes— lo que ha caído allí no es un Trono de catorce siglos, sino un engendro de las barricadas. París hierve en disturbios comunistas que han de ser reprimidos con desesperada inconsecuencia. Pío IX se ve en el trance de huir a Gaeta. En Alemania y en Austria hay sublevaciones populares, parlamentos previos, congresos de trabajadores, abdicaciones regias, y —ponderemos la ironía— a un tiempo obtienen los judíos la igualdad de derechos, y son proclamados los “derechos fundamentales del pueblo alemán”. Inglaterra, entre tanto, sigue su camino, some-

te la India y ocupa los territorios comprendidos entre el Vaal y el Orange.

En España vamos viviendo. El pleito dinástico y el matrimonio de la Reina polarizan la política y atraen la atención extranjera. Aunque pretendiéramos aislar-nos, no nos dejarían: somos el campo de experimentación de Europa. Amenazas y halagos, abrazos de peso, intrigas cortesanas y diplomáticas, maniobras sectarias. Pululan tipos que nos harían pensar en una debilidad senil del genio hispánico. La guerra de la Independencia pudo haber traído un sobrio resurgir nacional, y no lo trajo. Se ha dicho ya hasta la saciedad que los españoles sabemos más de conmoriencias que de convivencias. Muchos, que entonces se llaman políticos, padres de la Patria, sólo son agentes de potencias extranjeras, con psicología de vencidos o de aventureros, de esclavos o de favoritos. Desde las minas hasta la suerte de las princesas, toda España va sacándose a almoneda, y todo el mundo se cree con derecho a intervenir o aconsejar. Nunca faltan razones abstractas para envolver abusos concretos. Y entre nosotros, digo, cunde una fauna híbrida: la de los prudentes —entiéndase bien, la prudencia de la carne—, la de quienes insinúan concesiones parciales para salvar el Trono y las instituciones básicas de la nación. ¡Como si las instituciones se defendieran minándoles el terreno! Y todo ello en un estilo blandengue de burgués, que confunde la paz con su paz, el bien con su bien, o de pobrete para quien la tradición ya no cuenta frente al mimetismo político.

Ejemplo de esa tónica gris son, entre tantos, estas líneas de Andrés Borrego. Creo que tiene una calle en Madrid; no será por ellas: "Hay que adelantarse

a las soluciones liberales; hay que dar satisfacción a las necesidades sociales de la época... Solamente de este modo puede conjurarse la revolución que nos amenaza con el contagio... Si para ello es preciso que el gobierno moderado de Narváez dé paso a un gabinete progresista, formado por Espartero, Olózaga, Cortina o Albayda, ¿qué importa, en definitiva, si, *por ahora* (subrayo yo) representan todos ellos el Trono y las instituciones?... ¿Se conciben las inmensas ventajas interiores, y sobre todo exteriores, que dicho cambio nos reportaría? La Francia republicana sería nuestra amiga y nuestra aliada. Los gobiernos liberales de Europa nos mirarían con inmensa satisfacción. Y la Inglaterra, que no oculta su repugnancia hacia el sistema actual, tendría que contradecir su política, apoyándonos resueltamente..." (1).

Cuesta trabajo entender de qué especie de miga de pan estarían fabricados aquellos cerebros. Pero ven-gamos a otro episodio.

En octubre de 1847 vuelve al Poder el general Narváez, considerado como símbolo de la reacción. Desde 1843 Lytton Bulwer, embajador de Inglaterra —mal acostumbrada entonces a provocar y a resolver nuestras crisis—, ha estado urdiendo intriga tras intriga, con el beneplácito y expreso estímulo de un Gobierno que lo mantiene en plan de agitador. “Apruebo completamente —le escribe el 16 de septiembre de 1846 Lord Palmerston— todo lo que habéis hecho, y repito lo que decía Lord Anglessea a los irlandeses: agítad, agítad, agítad. Sin embargo, cuidad de no mezclaros en

(1) Texto citado por José María de Areilza en un magnífico trabajo publicado en *El Español* (9-enero-1943). Trabajo donde se expone el episodio que resumo a continuación.

ningún proyecto de revuelta; pero, evitando toda complicidad en tales actuaciones, podéis sostener en sus actitudes hostiles a quienes veáis propicios a confiar en el apoyo de nuestra nación, y, por consiguiente, a llevar a cabo cualquier tentativa de este género...” ¡Feliz concepto de *complicidad*, que es todo un hallazgo!

Y en marzo de 1848 le da, entre otras, estas instrucciones: “Recomiende sin demora al Gobierno español que adopte un sistema legal y constitucional..., fortificando el Poder ejecutivo y llamando a su Consejo a alguno de los hombres que poseen la confianza del partido liberal...” Lytton Bulwer, no contento con dar el recado, tiene la osadía de añadir por su cuenta nada más que esto: “Experimento el deseo de que el Gobierno de Su Majestad Católica juzgue conveniente volver lo antes posible a las formas ordinarias de gobierno establecido en España..., convocando a las Cortes y dando en ellas explicaciones.”

Con todo, lo indignante es que un partido español, el progresista, aliente esta pirueta y publique la nota antes incluso de que haya llegado a manos de nuestro Ministro de Estado, el Duque de Sotomayor, y se las prometan muy felices. Pero Sotomayor responde en un tono que recuerda el de los buenos tiempos, denuncia la política de Lord Palmerston, la *abnegación* que supone preocuparse de España tan directamente cuando tiene él tantos problemas planteados en su país, y no pasa nada.

Fracasada esta maniobra, deciden atacar la paz nacional por otro lado, fomentando una segunda guerra carlista. Pasemos este episodio triste, en que algunos jefes del carlismo vieron más claro que el Conde de Montemolín. El embajador inglés persiste en sus ma-

nejos, y provoca en Madrid los disturbios de mayo, los motines revolucionarios en que por vez primera —señalemos el turbio atisbo— se oye en la capital de España un “¡Viva la República!”. Reducidos los amotinados, el Conde de Cheste se encarga de la represión, y la Embajada inglesa conviértese en asilo de los culpables. Breve forcejeo, y aunque las vestales de la juridicidad, que ya las había entonces, se rasguen la túnica, se procede a un registro en la Embajada. ¡Bien había cumplido Lytton Bulwer las instrucciones de Lord Palmerston! El Gobierno español redacta un Memorándum que demuestra la *complicidad* del embajador —nuestro concepto de complicidad era quizá más rancio que el del Ministro inglés— y el Duque de Sotomayor resuelve el grave compromiso dándole a Lytton Bulwer cuarenta y ocho horas de tiempo para salir de un país cuya independencia ha violado, y dejando expresamente a salvo sus buenos sentimientos y disposición respecto de Inglaterra: “esta medida —advierte— podrá en gran manera contribuir a estrechar los lazos entre las dos naciones”.

Unos temen las represalias, y otros las esperan. Se habla de ocupación de las Baleares, de la caída inminente del Gobierno. La eterna historieta. Pero, como el Gobierno no claudica, todo queda en una devolución de pasaportes a nuestro embajador en Londres, en una semirruptura, más bien un breve malhumor de las relaciones hispanoinglesas, y... en la consolidación del prestigio de Narváez.

Resta el enemigo peor: el de dentro, el de los resentidos que no perdonan, el de quienes sacrifican a su ambición o a su vanidad la dignidad misma de la Patria, el de los conservadores... teóricos. El 4 de enero

de 1849 se presenta Narváez ante las Cortes. Los progresistas han estado aguardando ese instante para liquidar sus deudas enconadas.

Y es entonces —perdón por lo largo del preámbulo, pero lo merece la figura—, es entonces cuando un diputado ya ducho en tales lides, Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, se levanta a defender la gestión del general Narváez, y lanza en estilo apocalíptico, ¡en 1849, cuando algunos daban por bien muertos los principios de autoridad!, un discurso donde predice el fracaso de la libertad revolucionaria y perfila con ciertos rasgos efectistas, pero con profunda visión, y por profunda poética, la doctrina de las dictaduras.

* * *

Detengámonos en este discurso. A la distancia de un siglo se acentúa su actualidad.

El progresismo es ya entonces para Donoso el “epílogo de todos los errores que se han inventado de tres siglos a esta parte”. No ha de valerles a los progresistas refugiarse de modo intermitente en la legalidad: “las leyes se han hecho para las sociedades, y no las sociedades para las leyes...” “Cuando la legalidad basta para salvar la sociedad, la legalidad; cuando no basta, la dictadura.” Su sensibilidad le impediría a él ejercerla, pero su razón no le permite condenarla, porque hay trances en que es la única salvación para un pueblo.

La vida social, como la vida humana, ofrece de sí una acción y reacción de ciertas fuerzas invasoras y ciertas fuerzas resistentes. Las fuerzas invasoras presentan dos estados: “hay uno en que están derramadas por toda la sociedad, en que están representadas sólo

por individuos; hay otro estado agudísimo de enfermedad, en que se concentran más, y están representadas por asociaciones políticas... Cuando las fuerzas invasoras están derramadas, las resistentes lo están también; lo están por el Gobierno, por las autoridades, por los Tribunales, en una palabra, por todo el cuerpo social; pero cuando las fuerzas invasoras se concentran en asociaciones políticas, entonces necesariamente, sin que nadie lo pueda impedir, sin que nadie tenga derecho a impedirlo, las fuerzas resistentes por sí mismas se concentran en una mano. Esta es la teoría clara, luminosa, indestructible de la dictadura."

Conocedor, como pocos, del panorama europeo y de aquella revolución francesa cuya resaca llegaba hasta nosotros, diagnóstica y pronostica sobre el mapa político de Francia para escarmiento de todos, y denuncia su República como un solemne fraude. Se remonta entonces mucho más allá, y fustiga la torpeza de quienes van buscando a las revoluciones causas epistémicas, o sólo ven en ellas una reacción epidérmica a los abusos del Gobierno. Ni el hambre ni la tiranía se han bastado jamás a provocar una revolución: "las revoluciones son enfermedades de los pueblos ricos, de los pueblos libres". Su verdadero germen está "en los deseos sobreexcitados de la muchedumbre por los tribunos que la explotan y benefician. *Y seréis como los ricos*: ved ahí la fórmula de las revoluciones socialistas contra las clases medias. *Y seréis como los nobles*: ved ahí la fórmula de las revoluciones de las clases medias contra las clases nobiliarias..."

Y eleva el tono profético al hablar de la libertad. "... ¡La libertad acabó! No resucitará, señores, ni al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo quizá. ¿Os

asusta, señores, la tiranía que sufrimos? De poco os asustáis; veréis cosas mayores... El mundo camina con pasos rapidísimos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres... Señores, no hay más que dos represiones posibles: una interior y otra exterior, la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía, está alta...”

“... Pues bien, señores, yo digo que si el termómetro religioso continúa bajando, no sé adónde iremos a parar... Contemplad las analogías que he propuesto ante vuestros ojos, y si cuando la represión religiosa estaba en su apogeo no era necesario gobierno ninguno, cuando la represión religiosa no exista no habrá bastante con ningún género de gobierno; todos los despotismos serán pocos...”

“Una sola cosa puede evitar la catástrofe, una y nada más; eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una reacción saludable, religiosa. Ahora bien: ¿es posible esta reacción? Posible sí lo es; pero ¿es probable? Señores, aquí hablo con la más profunda tristeza; no la creo probable. Yo he visto y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia, señores, no he visto jamás a un pueblo que haya vuelto a la fé después de haberla perdido.”

“... Si se tratara de elegir entre la libertad por un lado y la dictadura por otro, aquí no habría disenso

alguno; porque, ¿quién, pudiendo abrazarse con la libertad, se hinca de rodillas ante la dictadura? Pero no es ésta la cuestión. La libertad no existe de hecho en Europa; los gobiernos constitucionales, que la representaban años atrás, no son ya en casi todas partes sino un almacén, un esqueleto sin vida... ¿Qué son, Sr. Cortina, esos Gobiernos con sus mayorías lógicas, vencidas siempre por las minorías turbulentas; con sus ministros responsables, que de nada responden; con sus reyes inviolables, siempre violados?... La cuestión es ésta, y concluyo: se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno: puesto en este caso, yo escojo la dictadura del Gobierno, como menos pesada y menos afrentosa. Se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo, y la dictadura que viene de arriba: yo escojo la que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas; se trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable: yo escojo la dictadura del sable porque es más noble..."

Estos fragmentos, conocidísimos, bastan para darnos cuenta, no sólo de *lo que* piensa, sino de *cómo* piensa el Marqués de Valdegamas. Ante todo, el ímpetu polémico, y luego una extremada impresionabilidad, rayana en el sentimentalismo. El sentimentalismo que la providencia suele convertirlo en instrumento suyo: "dos cosas me han salvado —dice—: el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega a ser flaqueza..." Y todo ello cunde por ese *pathos* oratorio que le arrebató y esotro afán de principios y perspectivas y contrastes absolutos. "Peregrino de lo absoluto" le hubo de llamar su íntimo amigo Veuillot. Lo cual tiene su lado

bueno y su flanco débil. A Donoso le veremos de continuo en la región de las ideas grandiosas; pero no dejaremos de sorprenderle también empeñado en darle dimensiones grandiosas o lo accidental y efímero, saltándose distingos elementales. Clarividente, gustará de escapar hacia visiones apocalípticas, y de apurar su patetismo. En ocasiones apretará en rotundo dilema al adversario, y a veces sacrificará el rigor a la brillantez y los deslumbrará a todos descolgándose temerariamente por una dialéctica de metáforas.

Aquí es ya obvia la comparación con Balmes. Aunque irá perfilándose a lo largo de estos apuntes, anotemos previamente el juicio de Menéndez Pelayo: Comparado con el regio estilo de Donoso, Balmes parece un mediocre escritor; pero ofrece, en cambio, un más sólido realismo, una formación filosófica más segura y esa ecuanimidad serena que a la larga fructifica mejor. Sin embargo, no cabe extremar diferencias, porque ambos vienen a completarse. Uno y otro "sacaron la política del empirismo grosero y del utilitarismo infecundo, y la hicieron entrar en el cauce de las grandes ideas éticas y sociales".

* * *

Esboceemos ahora, antes de exponer sus ideas, la vida y la figura de Donoso Cortés.

Nace el 6 de mayo de 1809 en Extremadura, tierra de contrastes, propicia a tentaciones maniqueas y a esa trama de antítesis que él urdirá más tarde en la tribuna. Familia acaudalada y aristocrática. El padre es abogado, con tendencias progresistas y ribetes de francofilia, donde cabría hallar muy varios ingredientes.

A los once años estudia ya en Salamanca Humanidades, y por entonces también conoce y trata familiarmente a Quintana, que le produce una gran impresión y le infiltra aquel *pathos* oratorio, en cuyo fondo late una vena épico-lírica. “¿Qué son sus obras —pudo decir Valera con su parte de razón— sino un conjunto de odas, canciones, sátiras, elegías y trenos, escritos o pronunciados con acento apocalíptico en resonante prosa?”

Desde fines del 23 al 28 estudia en Sevilla. Son años decisivos en su formación, años en los que se entrega a la poesía y al arte y a la “filosofía sociológica”. Hasta que a mediados de 1828 dirige a Madrid. Lleva unas letras de recomendación de Quintana para D. Agustín Durán, el erudito comentarista de nuestro Romancero y del teatro clásico. “Va a estar ahí —le dice— una temporada, con el objeto de aumentar y perfeccionar con el trato y proporciones de la Corte los conocimientos que ha adquirido en Sevilla. Su afición principal son la Poesía, la Filosofía y las Letras... Es dialéctico y controversista.” He ahí a Donoso, pues, en aquel ambiente literario donde se dirime el pleito entre romanticismo y clasicismo. Al margen, las discusiones políticas.

En el verano del año siguiente está ya de retorno en Don Benito, y allí procura familiarizarse en las tareas del bufete paterno; pero sobre todo lee y escribe. Lee a Rousseau, a Maquiavelo, a Madame Staël, a Montaigne, a Montesquieu, a Chateaubriand, a Voltaire; lee teatro clásico; y lee el *Dictionnaire Philosophique*. Y hace acotaciones. Pensémoslo: son los veinte años, con su capacidad inverosímil de trabajo, con su generosidad y su petulancia, con esas crisis románticas

de ilusión y de tedio, por donde, salvando las distancias, pasan tantos hombres. Los años de las tragedias precoces y de las frases vacías, de puro redondas. Por ejemplo, en la primera página de su cuadernillo de notas aparece esta sentencia: “Los pueblos acostumbrados a la servidumbre miran la sonrisa del tirano como un favor, porque miran la esclavitud como un deber...”

Este es el momento en que, al insistírsele desde Cáceres para que explique en un colegio Humanidades, pone ya sus reparos, y advierte su propósito de tratar las cuestiones a fondo. Tan a fondo, que para el discurso de apertura escoge como tema: “Algunas observaciones sobre el carácter que distingue la moderna de la antigua civilización.” Es ya el mozo que, impresionado por muy varias lecturas, ensaya reacciones geniales y se lanza a las síntesis, y se siente atraído por un progresismo *sui generis*: un progresismo frenado por cierto brote pesimista en el que hay ingredientes senequistas y cristianos. Pesimismo un tanto literario, que ofrece magníficas coyunturas oratorias. Aunque más bien la oratoria le es ya consustancial. Recordemos un rasgo muy significativo: durante mucho tiempo, ante un solo alumno en aquella clase de Humanidades —nos lo cuenta Gabino Tejado, que era el alumno en cuestión, y tenía diez años—, Donoso estuvo pronunciando día tras día unas explicaciones grandilocuentes de hora y media.

Contrae matrimonio, y parece ser que la temprana muerte de su esposa (1835) le ensombreció el alma. No es punto éste muy claro. En sus cartas familiares a raíz de la viudez resulta difícil discernir lo auténtico de lo declamatorio, y hay que extremar la prevención, porque uno de los rasgos del romanticismo estriba en

apurar el amor a las personas cuando ya se han muerto. Con todo, huelgan los juicios temerarios, y podemos dejar con Schramm este extremo en su "enigmática nebulosidad". La vida íntima de Donoso Cortés, que debió de ser muy intensa por aquel su temperamento arrebatado, va a desaparecer en el torrente de su vida pública.

Cuando arriba por segunda vez a Madrid (1832), cuajada ya su vocación política, dirige nada menos que al propio rey Fernando VII una "Memoria sobre la situación actual de la Monarquía". Tono moderado: entre los principios de la Revolución Francesa y el Carlismo caben todas las actitudes. Donoso sigue su carrera política ascendente, luego de la muerte del Rey, que agudiza la crisis nacional. En la Memoria dirigida a la Reina, y en las *Consideraciones sobre la diplomacia* y en los discursos de esa década acusa un liberalismo doctrinario... Verdad es que la tónica dominante no da para mucho más. Releamos aquella prosa del Duque de Rivas, en 1835, al exponer desde la presidencia el programa del Ateneo: "Dedicará sus constantes tareas a difundir las luces por todas las clases de la sociedad y a vulgarizar los conocimientos útiles para que así se afiancen sobre las verdaderas bases los principios políticos que hacen la felicidad de los pueblos y la preponderancia de las naciones. "... Si la hubiera allí, ésta sería una buena letra para la música del Limbo.

* * *

En ese Ateneo de Madrid, recién fundado, va Donoso Cortés a dar sus "Lecciones de Derecho Político" (noviembre de 1836 a febrero de 1837). Estas confe-

rencias acusan defectos enormes de formación, de aquella formación nada pausada ni escolástica, con patentes resabios franceses; defectos que se agravan con la oratoria, que aun a los hombres ponderados suele forzarles a menudo el pensamiento. Advertimos allí el prurito de las afirmaciones rotundas, las contraposiciones desorbitadas entre la libertad y el intelecto, entre la sociedad y la libertad, el falso concepto del derecho divino de los reyes, bebido en el Duque de Broglie, la confusión entre absolutismo y despotismo, gradaciones históricas que recuerdan los estadios que formulará Comte, vagas evocaciones de la infancia de Roma y la noche de la India, mucho lirismo, en fin, mucha nota patética, mucha síntesis sin análisis, mucha hinchazón y audacia, mucho *progresismo*.

Pero asoma la mirada genial que un día ha de romper con el doctrinarismo, y cabe entresacar atisbos y fermentos y hasta ideas felices. Con todos sus ribetes de eclecticismo a lo Cousin, aparece la idea, bautizable, de que la libertad constituye la personalidad del hombre; la idea de que la justificación del Estado se proyecta más allá de ese Estado, de que "el Poder tiene una regla que le es superior y a la que no puede resistir...: la justicia, estrella inmóvil en el horizonte de los pueblos"; la idea de que es necesario mantener la sociedad sin mutilar al hombre. Donde se nos ofrece otra muestra de los defectos y las virtudes de Donoso como pensador, de esa que pudiéramos llamar su genialidad avasalladora, ávida de efectismos.

El problema social —advierte— "no tiene más que tres soluciones posibles: o la sociedad ha de absorber al hombre, o el hombre ha de absorber a la sociedad, o la sociedad y el hombre han de coexistir por medio de:

una constante armonía. Estas tres soluciones caracterizan tres gobiernos diferentes: a los que tienen por base la obediencia pasiva y la fe; a los que adoptan por base el desarrollo completo de la individualidad humana, y a los que tienden a armonizar por medio de una unidad fecunda la ley del individuo y la ley de la asociación. Estos tres gobiernos se han localizado en el mundo. El primero domina en el Oriente; allí el hombre se pierde en el seno de la sociedad, la sociedad en el seno de Dios, y una naturaleza colosal sirve de teatro a esa teoría petrificante. El segundo nació en el seno de la Grecia: allí se rompe la unidad terrible del Oriente; el hombre es ciudadano, el ciudadano sube al trono, y desde el trono conversa con los dioses del Olimpo; allí, en fin, nació la libertad, y los primeros himnos cantados a su alabanza se entonaron en aquellas playas sonoras. Viene Roma después: su vida fué un combate entre el principio absorbente de las sociedades asiáticas y el individualismo de la sociedad griega; entre los tribunos y los patricios; entre el Senado y el pueblo. El Oriente fué un sepulcro; la Grecia un festín; Roma un campo de batalla. Sobre este campo de batalla no alzó su trono la victoria, sino la muerte. La espada de Mario pudo vengar a los tribunos; la espada de Sila a los patricios; pero ni aquél pudo dar vida al pueblo, ni éste fortalecer el Senado. La República era un cadáver.”

“Durante el Imperio ni combaten ni dominan los principios, porque no hay principios: Roma era una casa de prostitución al servicio de los emperadores; y como toda sociedad que no tiene elementos de reorganización ha de perecer, Roma pereció. ¿Quién subió entonces al Capitolio abandonado para regenerar al

mundo? Una raza venida del Norte, y una religión bajada del Cielo. Aquí concluye la historia de la civilización antigua, y comienza la historia de la moderna civilización. De su seno ha nacido el Gobierno representativo, que se ha localizado en la Europa...” (2).

¡Qué texto para un ejercicio de criteriología!

Rechaza el dogma de la soberanía popular por retrógrado. Conviene tomar nota de esto. La soberanía del pueblo niega el poder de Dios, el poder de la inteligencia y las normas de la Justicia. Si hacemos radicar la soberanía en la voluntad, destruimos la objetividad de los grandes principios, dejándolos a merced de las fluctuaciones humanas. (Lección 2.^a)... Pero en la Lección 4.^a, en pleno delirio sintético, avanza por la doctrina de los tres estadios y dispara en estos términos: “El primer período lleva escrito en su bandera: *Teocracia, esclavitud*. El segundo: *Democracia, soberanía del pueblo, independencia absoluta*. El tercero: *Gobierno representativo, soberanía de la inteligencia, soberanía de la justicia, libertad*. Los dos primeros períodos son los períodos de las reacciones políticas. El último es el período de los progresos sociales. Los dos primeros períodos son los períodos de los Gobiernos incoherentes. El último período es el período de los gobiernos armónicos.”

¡Lástima que no se aplique todavía a sí mismo el rigor mental que exige a todo filósofo! “Desde que se ha descubierto —dice en la Lección 6.^a— la sublime panacea de que pensar es sentir, todos los que sienten, aunque sean imbéciles, creen que piensan. Y como los

(2) Lección 1.^a *Obras de Don Juan Donoso Cortés*, editadas bajo la dirección de D. J. M. Ortí y Lara, vol. III, pág. 153. Seguiremos citando por esta edición, Madrid, 1904.

que piensan deben mandar, todos se creen con derecho al mando...”

La tesis dominante de estas lecciones es que el fundamento de la soberanía estriba en la razón y en la justicia. Y con todas sus adherencias y excrecencias doctrinarias, cabe advertir una preocupación política sincera y una depuración: me atrevería a decir que, según va avanzando, aunque caiga a menudo, adquiere conciencia de la altura del tema y reprime la petulancia con que lo había abordado al principio. La verdad se le va imponiendo. En la lección última plantea una pregunta certera: “La idea del poder y la idea de libertad eran hermanas: ¿quién, señores, las convirtió en enemigas?”

Destaca entonces la convicción de que el Estado no puede absorber la personalidad individual, y formula esquemáticamente el cuadro de las crisis político-sociales, donde no podía menos de marcar su pesimismo. Bien que en este punto me guardaré yo de lanzarle la primera piedra. El origen de los sufrimientos de una sociedad —viene a decir—, estriba: *a)* en la corrupción de costumbres; *b)* en los vicios del Gobierno; *c)* en la acción recíproca de ambos males. En el primer caso se imponen las dictaduras; en el segundo, el alzamiento de los más inteligentes; en el tercero no hay salvación, y la Providencia se encarga de hacer justicia, sirviéndose de un pueblo nuevo conquistador.

En estas últimas páginas, no obstante, el Donoso vidente y creyente se sobrepone al pesimismo, descubriéndonos cierta disensión entre su desesperación como hombre dentro del mundo y su abandono como creyente en las manos de Dios, y reconoce que la ra-

zón humana no puede llenar el vacío divino, y ella misma "sucumbe si la fe no la sostiene".

* * *

Las ideas fundamentales de Donoso, aquellas cuya actualización es lo que en definitiva nos importa, han de calibrarse partiendo de su *conversión*.

Esta llamada "conversión" no es un viraje fulminante, ni siquiera un lento y trabajoso proceso de acercamiento a Dios, como el agustiniano, proceso en que el entendimiento y la voluntad mantienen su tensión trágica bajo la mirada de la Providencia, sino una simple depuración de ideas y de conducta por parte de un hombre que no había perdido las creencias de su infancia, pero que se dejó llevar de su temperamento exaltado, de sus desordenadas lecturas y del aún más desordenado ambiente. Es éste un punto que debemos planteárnoslo con generosidad, sin pretender tampoco que un orador ajuste infinitesimalmente las expresiones. Ni le demos demasiada importancia a ciertas cartas posteriores a su muerte, en que algún amigo francés se expresa sobre esa conversión con excesivo énfasis; ni siquiera conviene tomar al pie de la letra las propias palabras de Donoso, siempre propenso al efectismo. Efectismo digo: no el histrionismo de tantos pseudoconvertos como andan por esos mundos de Dios.

En carta a Montalembert (26-mayo-1849) dice así: "Mis ideas políticas y religiosas de hoy no se parecen a mis ideas políticas y religiosas de otros tiempos. Mi conversión a los buenos principios se debe, en primer lugar, a la misericordia divina, y después al es-

tudio profundo de las revoluciones.” Dos meses después le escribe al Marqués de Raffin: “Dos cosas me han salvado: el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega a ser una flaqueza: el primero debía hacerme admirar el Catolicismo, y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo.”

Donoso mantúvose siempre creyente en lo íntimo de su alma, pero — como él mismo reconoce en esta carta al Marqués de Raffin— su fe era estéril: a menudo pura reacción sentimental, muy acorde con su temperamento y con las tendencias deístas y esteticistas a lo Chateaubriand, figura que ofrece muchos rasgos afines con la de nuestro hombre. Los maestros y consejeros de su juventud, lejos de someterle a una disciplina escolástica que hubiera encauzado aquellas energías torrenciales, son gentes roídas por el sensualismo y el pragmatismo, cuando no renegados del pensamiento español, como Quintana. Su *conversión* ha de ser religiosa y política a un tiempo, y en ella influirán mucho ciertos trances afectivos y el trato con los tradicionalistas franceses. Perdurará en él hasta la muerte, eso sí, una psicología de converso, aquel ímpetu que nos tendrá siempre en vilo, temiendo por la ortodoxia de sus afirmaciones, cuando le vemos presto a sacrificar la justeza a la brillantez. Pero éste es uno de sus grandes méritos: el ir dominando a lo largo de su carrera aquella exuberancia de sentimientos e imágenes que se le enredan al paso, hasta lograr una ideología perenne que a la distancia de un siglo se cierne perpendicular sobre Europa.

En las mismas *Lecciones de Derecho Político* van rectificándose ideas, que adquieren plena viabilidad en

los escritos posteriores: por ejemplo, en la *Polémica con el Dr. Rossi y juicio crítico acerca de los doctrinarios* (1838), en las consideraciones sobre *La Monarquía absoluta en España*, y en los *Antecedentes de la cuestión de Oriente*.

En la *Polémica...* declara que los doctrinarios, hombres de transacción entre principios y sistemas opuestos, fueron los llamados a gobernar en una época de transición, pero, una vez restablecido el orden —¡qué imprecisa todavía la mente de Donoso!—, “los doctrinarios desaparecieron de la política como doctores de una ciencia impotente”: el eclecticismo. Esto es exacto. Donde sigue deslizándose la confusión es en el artículo siguiente, cuando se aferra a darles sustantividad al error y al mal.

Al hablar de la Monarquía absoluta en España, distingue ya entre absolutismo y despotismo, desmiente aquella pretendida raigambre tradicional de las Cortes de Cádiz, y ve el sentido religioso de la autoridad regia y el profundo nervio popular de nuestra Monarquía. En 1837, al discutir los *Principios constitucionales aplicados al proyecto de Ley fundamental*, ya advierte que la teoría de la división de Poderes es absurda, porque el Poder no tiene plural, sino que es de suyo uno, indivisible y perpetuo. Y añade estas palabras proféticas: “esa división traerá una democracia mixtificada y endeble, una aristocracia débil y una monarquía moribunda”.

En su informe sobre el *Estado de las relaciones diplomáticas entre Francia y España* (1838), a vuelta de muchas inexactitudes —resulta casi divertido ver con qué minucioso celo va cazándolas Ortí y Lara—, ve cómo la razón humana, al negar su dependencia divi-

na, había de proclamarse soberana absoluta, y cómo el auge del materialismo deriva del indiferentismo religioso. Lanza entonces una afirmación terminante contra la actitud liberal: “la indiferencia por una cosa que no puede ser indiferente, es absurda”. Al filo, sin duda, de esta inquietud va señalando en los *Antecedentes de la cuestión de Oriente* (1839) la esencia y la trascendencia universales del Cristianismo.

Creo bastan estas indicaciones para darnos cuenta de la trayectoria gradual de su *conversión*, que sufre influencias rotundas al final de su vida, y que en algunos trances llegará a serle casi un recurso oratorio. No por histrionismo —insisto en ello—, sino porque él ha de convertir en oratoria todo cuanto entra en su espíritu. Como convirtió desde un principio la Historia en almacén para sus síntesis imponentes: no es que tendiera a falsearla, es que el afán de lo grandioso le tritura y le borra todos los pormenores y reparos que detendrían al hombre de gabinete. Hay pasajes de sus discursos en que vemos al águila enfocando la cuestión desde su limpia altura; hay otros en que ese enfoque es un quedarse en las nubes a merced de la improvisación, la confesión implícita de que es más visionario que gobernante.

Schramm recuerda, a este propósito, aquel discurso de 1838 —su primer gran discurso parlamentario— en que, para discutir la negociación de un empréstito, leyó una serie de párrafos de Mirabeau...

* * *

Resumamos ahora, muy resumidos, sus pasos desde ese año en que aparece ya el gran orador. Del 1840

al 1843 se halla expatriado en París, con los moderados, al lado de la Reina Cristina. Son años de observación y estudio. Regresa a España en agosto de 1843, al caer Espartero y ser proclamada Isabel II, e interviene en el regreso de la Reina madre y en la espinosa cuestión del matrimonio de Isabel. Estos años del 43 al 49 marcan su apogeo parlamentario y académico: entre los del Parlamento destaca el discurso, citado al principio, sobre las dictaduras, discurso que resuena en toda Europa, granjeándole muchos admiradores, entre ellos Montalembert, con quien inicia una correspondencia muy fecunda.

A fines de 1848 ha sido nombrado embajador en Berlín. Llega a Prusia con muchos prejuicios —le inquieta sobre todo la vinculación del genio alemán al Protestantismo—, y allí da pábulo a esa visión pesimista de la Historia, que se le incuba ya como una pasión de ánimo. Guardémonos de confundirlas, pero ¡qué bien sincroniza con la tristeza romántica!

A fines de 1849 regresa a Madrid por París, y es entonces cuando entra en relación, cada vez más estrecha, con Luis Veuillot, el gran paladín de la Contrarrevolución, que diríase enemigo personal de Rousseau. De nuevo en España, en enero de 1850 pronuncia su *Discurso sobre la situación europea*, y en diciembre otro sobre la situación de España, que determina la caída de Narváez. Ambos discursos trascienden dentro y fuera de la nación. Pero estamos ya ante la obra culminante de Donoso Cortés: el *Ensayo sobre el liberalismo, el catolicismo y el socialismo*. Tiene su autor cuarenta años, es quizá el español más conocido fuera de España, embajador en París hasta su muerte, y el di-

plomático de máximo prestigio intelectual en aquel ambiente aristocrático.

Sino que el toque de la gracia va a mudarle tan de raíz, que parecen brotar y derramarse en él virtudes hasta ahora casi latentes. Todos los testimonios coinciden en destacar su caridad heroica hasta la abnegación y su intensa vida interior. Una carta de Luis Veuillot nos confirma que celebraron la Nochebuena de 1851 en la Residencia de las Hermanitas de los Pobres. Un colega, el Conde de Hübner, embajador de Austria, escribe de él en su Diario, el mismo día de su muerte (3 de mayo de 1843): fué “anacoreta perdido en las áridas estepas de la diplomacia, apóstol predicando a los salvajes de los salones, asceta bajo el vestido bordado de embajador...”

* * *

El *Ensayo* —comenta uno de sus biógrafos, Schramm— es “el ataque más penetrante del pensamiento contrarrevolucionario de estirpe católica contra el liberalismo doctrinario y el socialismo premarxista”. Aunque ya desde mucho tiempo ha ido poniendo los puntos sobre las íes, estas páginas constituyen la síntesis y el remate de su ideología, la culminación de la gran polémica que fué su vida. Más que enfilarse conceptos, le importa sacudir conciencias.

Fresca aún la tinta del libro, se le acusó en Francia de tradicionalismo y pesimismo. Donoso, tras no muy larga discusión, sometió humildemente el caso a Pío IX, que le envió una bendición paternal y comprensiva. Sin duda que plantea con desaforado extremismo la pugna entre el bien y el mal, que no distingue ni matiza

cuando contrapone la religión y la filosofía, que aflora, por ende, en estas páginas aquella visión pesimista de la Historia, que es vena constante del pensamiento intuitivo de Donoso. Es notorio que en ocasiones da pena ver alzarse una tan magnífica construcción con tan repentizada filosofía; pero hay otros en que nos hace pensar cuánto más seguro es colgar el pensamiento de las estrellas. Queda en pie, a mi entender, el juicio de Menéndez y Pelayo, bien que éste acentúa algunos defectos, porque está comparándolo con Balmes: "Donoso es la impetuosidad extremeña, y trae en sus venas todo el ardor de sus patrias dehesas en estío. No es analítico, sino sintético... Aún más que filósofo, es discutidor y polemista; aún más que polemista, orador. No es escritor correcto, pero es maravilloso escritor... Habla y escribe como por relámpagos: asalta, a guisa de aventurero, las torres del ideal, y cada discurso suyo parece una incursión vencedora en el país de las ideas madres. Todo en él es absoluto, decisivo, magistral; no entiendo de atenuaciones ni de distingos; su frase va todavía más allá que su pensamiento..."

Veamos los puntos fundamentales del *Ensayo*.

En toda cuestión política va implicada radicalmente una cuestión teológica. No se trata de tropiezos casuales o arbitrarios, como creyera Proudhon, sino de inserción esencial: sin caer en el panteísmo, cabe afirmar que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas. La idea requiere un más riguroso análisis filosófico, pero es clara. Estando en Dios la ley suprema del Universo y de cualesquiera criaturas, esa vinculación a la Divinidad ha de presidir su desarrollo: en el hombre se hace consciente el

vínculo, y constituye la religación, la religión, piedra angular, por tanto, de toda sociedad humana.

La manera de pronunciar el nombre de Dios señala la solución de los enigmas y la vocación de los pueblos, y es clave de su historia. Desde el panteísmo oriental hasta Roma —Roma, que va almacenando dioses de todas partes, y abandonándolos allí, por inscribibles— el desfile de las civilizaciones antiguas nos ofrece una elocuente comprobación. Donoso describe aquí la aparición del Cristianismo, y termina su descripción con estas líneas insuperables: “Todo entró en un momento de reposo [al expirar Cristo en la Cruz]; pero después viéronse cosas que aún no habían visto los ojos de los hombres: la abominación y la desolación en el Templo; las matronas de Sión maldiciendo su fecundidad; los sepulcros hendidos; Jerusalén sin gente, sus muros por el suelo; su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin Césares y sin dioses; las ciudades despobladas, y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer, vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo a la voz de aquel que dijo en el Jordán: “Haced penitencia”, y a la voz de Aquél otro que dijo: “Quien quiera ser perfecto, deje todas las cosas, tome su cruz, y me siga”; y los reyes adorando la Cruz, y la Cruz levantada en todas partes.”

“¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan gran desolación y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo” (3).

(3) *Ensayo...*, lib. I, cap. I.

La teología católica contiene las soluciones supremas, y unifica por vías de superación las teologías fragmentarias que le precedieron, concertando el hombre y la sociedad. Aquí podemos admirar una muestra del poder sintético de Donoso: “Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su substancia, como el índico; *múltiple* en sus personas, a la manera del pérsico; a la manera de los dioses griegos es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven, es *muchedumbre*, a la manera de los dioses romanos... Las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la Teología católica, y... los dioses de las naciones [gentiles] no eran otra cosa sino la deificación de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero, del Dios bíblico” (4).

El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del moral al político. La idea de la autoridad es de origen católico. ¡Por fin aparece claro en la mente de Donoso el derecho divino de los reyes! Cita él aquí la fórmula de la consagración. Por cierto que es inconcebible cómo esa fórmula “Por la gracia de Dios” pudo considerarse expresión de un orgullo de casta, cuando es paladina y humilde confesión de que la escueta humanidad del rey, por gloriosa que aparezca su estirpe, no es razón suficiente para mandar sobre otros hombres.

Conforme disminuye la fe, amengua la verdad y degenera la norma. He ahí el porqué de ciertas crisis: Dios puede negarles a las inteligencias prevaricadoras la luz de la verdad, sin quitarle la vida, y permitir fa-

(4) *Ibid.*, cap. 2.

ses históricas de incredulidad e "Ilustración" a un tiempo, períodos que resplandecen "con una luz fosfórica en la Historia". Estamos entonces ante los nuevos sofistas, más culpables que los helénicos, por su apostasía. Y cuando los sofistas ya no saben por dónde atajar, digámoslo más claro entre nosotros, cuando los ensayistas se quejan de que no era eso, de que el mundo es agrio, sin acordarse de que ellos mismos volcaron allí toda su acritud y soberbia, cuando pretenden inhibirse con afectado desdén, indefectiblemente asoma la revolución.

Esto le lleva a considerar los rasgos trascendentales de la Iglesia Católica, denunciando lo estéril de la libertad de discusión, y el hecho probado de que "la intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado al mundo del caos". En lo que coincide con Balmes: la tolerancia no es, como parecen suponer algunos, la transigencia vergonzosa del débil, sino la generosidad del fuerte, no es fruto del escepticismo liberal, sino de la fe dilatada por vías de caridad cristiana.

El Catolicismo, en resumen, ha concertado al hombre, a la familia, a la sociedad y al gobierno por su economía natural, pero sobre todo por la renovación de la gracia. Aquí desarrolla Donoso con acuidad genial la observación de que la verdad, por sí sola, no conquista, de que la fe es mucho más que el mero asentimiento, de que el paso de la incredulidad a la creencia auténtica tiene dimensiones sobrenaturales. Cabría pinzar en este capítulo V algunas paradojas que escandalizaron a Gaduel: tal la de que Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con su doctrina ni con sus milagros ni por haberse cumplido en él las profecías, sino a pesar de todo ello. Son afirmaciones que prepa-

ran la tesis de que el Cristianismo triunfó por medios sobrenaturales. Por lo demás, hay que tener presente su psicología de converso, y fletar esas frases rotundas sobre la afinidad y aun el "indisoluble matrimonio" de la razón humana y el absurdo en aquella corriente ascética que desde algunos Santos Padres ha venido acentuando la torpeza de la razón frente al tino y el brío de la fe. Cárgase aquí la pincelada sombría, pero ¡cuán oportuna la ironía patética de todo el capítulo!

¡Y qué fina sospecha la de las últimas líneas! "El moderno [paganismo] comienza por adorarse a sí propio en una prostituta, para derribarse a los pies de Marat, el tirano cínico y sangriento, y a los de Robespierre, encarnación suprema de la vanidad humanas con sus instintos inexorables y feroces. El novísimo va a caer en un abismo más hondo y más oscuro: tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar a su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias!"

No falta quien le haya reprochado una desproporcionada insistencia contra Proudhon, cuando el gran enemigo era Carlos Marx. Donoso reacciona contra quien entonces tenía más nombre, y cuya doctrina conocía mejor. Marx es todavía en aquellos años un plumífero oscuro, aunque haya publicado ya la *Miseria de la filosofía* y lanzado con Engels el *Manifiesto Comunista*. Pero, demás de que el *Ensayo*, por su dialéctica encumbrada, ha de apuntar al marxismo, digo que hay en esas líneas finales una honda adivinación. Porque, en efecto, el hijo de aquel abogado judío que, por medrar, se hiciera luterano, el estudiantón de Bonn y de Berlín, que será de por vida un machaca-ideas, ha

hecho su tesis doctoral sobre Epicuro y va a arrastrar durante varios lustros su despecho sucio y su intelectualidad trashumante por los bajos fondos de París, de Bruselas, de Londres, lanzando en plan de espectador que achucha su “proletarios de todos los países, uníos” (nada de “unámonos”), y formulando al cabo su concepción materialista de la Historia. Concepción que —sin discutir ahora su originalidad— es mucho más que una amenaza para el capitalismo: es uno de los más graves insultos que ha sufrido la dignidad del hombre.

* * *

En el *Ensayo* queda pulverizada la democracia liberal, y prevenida la Humanidad de la ola socialista que le amenaza.

La combinación de la libertad humana con la Providencia divina constituye la trama de la Historia. El libre albedrío no es la facultad de escoger entre el bien y el mal: esto será su riesgo, debido a la imperfección del hombre. Si la libertad estribase en semejante facultad, prácticamente seríamos tanto menos libres cuanto más perfectos, y Dios carecería de libertad por ser el Sumo Bien. Libertad no significa flotar en el vacío ni independencia absoluta: “Aquellos que no conciben la libertad sino en ausencia de toda sollicitación que mueva la voluntad del hombre... caen sin advertirlo en uno de estos dos grandes absurdos: en el que supone que puede moverse sin ninguna especie de motivo un ser razonable, o en el que consiste en suponer que un ser razonable no puede ser libre” (5). ¡Espectáculo im-

(5) Lib. II, cap. I.

ponente el de la libertad humana en desenfreno, el de las dilaceraciones maniqueas! Donoso reaviva la fórmula escolástica: “*facultas voluntatis et rationis*”, y hace desfilar por la historia las consecuencias de la prevaricación angélica y de las prevaricaciones humanas, y arrémete entonces contra la escuela liberal.

Con su teología negativa el liberalismo desconoce el vínculo que une lo divino y lo humano, las estrechas conexiones de lo político con lo social, de lo social con lo religioso; cree, a lo más, “en un Dios abstracto e indolente”; y con absoluta miopía para centrar los problemas, se pierde en tecniquerías legalistas y en cuestioncillas secundarias. Como que éste es su error fundamental: desinteresarse de lo que más hondamente le interesa al hombre, invertir la jerarquía de los valores y las preocupaciones, pensar que el orden puede surgir de la confusión y que la paz se instaura sobre contiendas permanentes. Todas las sociedades que caen bajo la dominación de esta escuela —profetiza Donoso— están destinadas a morir de una misma muerte: gangrenadas. Sino que la trayectoria ofrece un proceso lógico, confirmado por la Historia:

“De todas las escuelas, ésta [la liberal] es la más estéril, porque es la menos docta y la más egoísta. Como se ve, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien: apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre. Impotente para el bien, porque carece de toda afirmación dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negación intrépida y absoluta, está condenada, sin saberlo, a ir a dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico o a los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece: el período de su dominación es aquél tran-

sitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si irse con Barrabás o con Jesús... El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el día de las negaciones radicales o de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusión confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo, como sabe, que un pueblo que oye perpetuamente en boca de sus sofistas el pro y el contra de todo, acaba por no saber a qué atenerse... Este período angustioso, por mucho que dure, es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar, y la discusión perpetua contradice a la naturaleza humana, siendo, como es, enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo a Barrabás o pidiendo a Jesús resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas" (6).

El socialismo arrollará al liberalismo porque es más lógico y perentorio, y más arrojado. Su teología satánica ha de prevalecer sobre el fofo relativismo liberal, condenado a eclipsarse en cuanto socialistas y católicos entren en liza. "La escuela liberal, enemiga a un mismo tiempo de las tinieblas y de la luz, ha escogido para sí no sé qué crepúsculo incierto entre las regiones luminosas y las opacas, entre las sombras eternas y las divinas auroras. Puesta en esa región sin nombre, ha acometido la empresa de gobernar sin pueblo y sin Dios; empresa extravagante e imposible: sus días están contados, porque por un punto del horizonte asoma Dios, y por otro asoma el pueblo. Nadie sabrá decir dónde está en el tremendo día de la batalla, cuan-

(6) Lib. II, cap. 8.

do el campo todo esté lleno con las falanges católicas y las falanges socialistas" (7).

Esta es la gran cuestión, eje y cruz del pensamiento de Donoso Cortés. En torno a ella gira su filosofía de la Historia y su visión del porvenir de España: visión teñida de ese pesimismo, en parte justificado, y en parte efecto de aquel *pathos* que ya hubimos de señalar. "Yo he visto —escribía en una carta, fechada el 16 de julio de 1849— dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas levantadas a lo alto por la sabiduría humana: la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va a caer al ruido de las trompetas socialistas. Y, en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto a mí mismo con terror si la sabiduría humana no es otra cosa que vanidad y aflicción de espíritu..." "Se trata de averiguar solamente si las sociedades humanas, por el camino que libremente llevan, van a parar a la perfección o van a parar a la muerte. Ustedes tienen la dicha de estar convencidos de lo primero; yo tengo la desgracia de estar persuadido de lo segundo."

En el orden de las permisiones providenciales la humanidad y la política habrán de ir más allá del equilibrio inestable en que el liberalismo pretende mantenerlas, más allá hasta las últimas consecuencias de ese desquiciamiento teológico que, creyendo anular a Dios, acaba por anular al hombre. Vano intento el de quedarse en la fase liberal y racionalista, porque esta fase no es sino el plano inclinado hacia el ateísmo, que en política se llama socialismo y república. Con el principio de la autoridad divina se hunde la noción de la

(7) Ibid.

autoridad humana. Y he ahí frente a frente dos civilizaciones: una afirmativa, fecundada por el Catolicismo; otra negativa, incubada por la Revolución.

El Catolicismo sienta un triple postulado: la existencia de un Dios personal que está en todas partes, que reina en los Cielos y en la tierra y gobierna las cosas divinas y humanas. Tres afirmaciones traducibles del orden religioso al político: hay un Rey que está en todas partes por medio de sus agentes, y que reina y gobierna a sus súbditos.

La Revolución, en cambio, fluctúa entre tres negaciones: Dios existe, pero su reinado es tan alto que no alcanza a gobernar las cosas humanas; o Dios no tiene existencia personal, es todo lo que vemos y se mueve, la Humanidad misma; o, en fin, ni siquiera existe. A la primera actitud, deísta, corresponde la monarquía constitucional progresista con su máxima absurda de que “el Rey reina y no gobierna”. A la segunda, panteísta, se ajusta el gobierno de la muchedumbre, la democracia republicana, plaga que cae sobre los pueblos ingobernables. De la actitud atea deriva lógicamente la anarquía (8).

El socialismo, al cabo, “no es otra cosa que la razón social de una compañía de histriones”. Pero aquella su decisión satánica entraña una grandeza y eficacia impresionantes. Estamos viendo —advierte en ese Discurso mismo— que hoy se va a la civilización por las armas, y a la barbarie por las ideas... La acuidad de esta observación vale por muchos discursos. ¡Qué oportuno hubiera sido recordarla, por ejemplo, cuando algunos, incluso de buena fe —la buena fe del ton-

(8) Vide Discurso de 30-enero-1850.

to—, hablaban de que España no estaba aún preparada para el advenimiento de una República! ; Como si la República fuera doctrinalmente una perfección, y no un retroceso y señal de decadencia!

Pues bien, según la visión confirmada de Donoso, el socialismo irá sacando las últimas consecuencias del liberalismo, hasta sepultarlo por imbecilidad senil, valiéndose de sus propias armas. Y cuando la catástrofe sea tan inminente que ya hasta los ciegos la vean, entonces será el Catolicismo quien, fiel a su reiterada misión histórica, vendrá a reconstruir sobre las ruinas de esa Babel la auténtica civilización; quien reducirá los poderes demagógicos, paganos en su constitución, abrumadores por su absolutismo, y proclamará el gobierno que más se acerca al de Dios: la Monarquía una, hereditaria, y templada, no por asambleas multitudinarias y artificiosas, sino por organismos arraigados en la tradición y en la viva realidad social.

Pero concretemos ahora la visión que Donoso tiene de España.

* * *

Aparte sus discursos parlamentarios, merece especial análisis la carta a Doña María Cristina de Borbón (1851), modelo de epístolas, que renueva la gran tradición de consejeros leales y enérgicos que tuvo el Trono de España. En su *Reloj de Príncipes* lo advertía Antonio de Guevara: “Como el príncipe quiere que reciba de su mano el pueblo el castigo, también es justo que el príncipe reciba con paciencia de su pueblo el aviso.”

En dicha carta asoma muy viva la preocupación social. Europa —dice— se halla aquejada de una enfer-

medad epidémica y contagiosa: la sublevación universal de todos los que padecen hambre contra los que padecen hartura. El resultado de esa contienda, si llega a estallar, no es dudoso: basta contemplar el número de los hartos y la muchedumbre incontable de los hambrientos. Un examen estrictamente económico de la cuestión no explicaría apenas nada. Hay que incidir en la desvirtuación del Cristianismo por los propios cristianos: "Si los ricos no hubieran perdido la virtud de la caridad, Dios no hubiera permitido que los pobres hubieran perdido la virtud de la paciencia. La pérdida simultánea de esas dos virtudes cristianas sirve para explicar los grandes vaivenes que van dando las sociedades, y los ásperos estremecimientos que está padeciendo el mundo." Años antes, en una carta desde París, había dicho certeramente en el orden político una verdad análoga, que sangra todavía: "... los legitimistas de Francia [¡ay, de Francia!] suelen olvidar frecuentemente que la Revolución que condenan es la obra común de los que la hicieron y de los que la provocaron".

Pues bien, así como un tiempo la Monarquía se impuso y arraigó en el pueblo porque encarnaba las garantías de la Justicia contra un sin fin de arbitrariedades, así ahora le toca instaurar una equidad social, una más justa distribución de los bienes necesarios al hombre, una satisfacción más humana de las necesidades. Pero, entendámonos, sería pueril pensar que el gran espectáculo de ciertas caridades regias se baste por sí solo a conjurar tantos males. "La Monarquía no se salvará porque sea espléndida y generosa con los pobres en una ocasión solemne; las clases acomodadas no perderán de un golpe su egoísmo porque su Reina les

dé el ejemplo de una grandiosa munificencia en un día memorable.” Lo que importa es que ese ejemplo sea constante, punto franco de partida para una renovación espiritual que repercuta en la economía y en la política.

“La Revolución —insiste— ha sido hecha en definitiva por los ricos y para los ricos, contra los reyes y contra los pobres... Por medio del censo electoral han relegado a los pobres en los limbos sociales, y por medio de la prerrogativa parlamentaria han usurpado la prerrogativa de la corona. Fuertes en esta posición inexpugnable, se han repartido impúdicamente los despojos de los conventos: lo cual quiere decir que, después de haber reclamado el poder en calidad de ricos, han hecho una ley que duplica su riqueza en calidad de legisladores... El mundo no ha presenciado un ejemplo más vergonzoso de audacia y de codicia. Esto sirve para explicar esos grandes y súbitos trastornos, que todos vemos con ojos espantados. Lo que vemos no es lo que creemos ver, es otra cosa: es la ira de Dios que pasa, y que a su paso pone temblor en las naciones.”

Aquí surge el Donoso clarividente; aquí se comprueba cómo la clarividencia política es más fruto de la reflexión que del arrebató. “Entre todos los errores —continúa la carta a la Reina— el más funesto sería el de afirmar, como afirman algunos, que esos temores son prematuros en España porque en España no hay socialistas... Para que en España no hubiera socialistas era menester que las mismas causas no produjeran los mismos efectos y que el socialismo no fuera una enfermedad contagiosa. Era menester, además y sobre todo, que España no hubiera sido una sociedad católica: comoquiera que el socialismo es una enfer-

medad que acomete indefectiblemente, y por un alto designio de Dios, a toda sociedad que, habiendo sido católica, ha dejado de serlo.”

Estas ideas las había expresado ya en algún discurso parlamentario, y con más impresionante acuidad en una carta al Conde Raczinski: “Se cree generalmente que el socialismo no ha penetrado en España: error, error profundo. El día en que sean rotos los diques, veréis aquí más socialistas que en París, y me preguntaréis con espanto de dónde han salido esos monstruos... El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo... Sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageraremos ciertamente. Entonces veréis lo que son los españoles, enamorados de una idea buena o mala.” ¡Ya lo hemos visto! En vísperas de verlo reiteraba José Antonio la profecía: “El régimen ruso en España sería un infierno.” Y, sobre bases muy análogas a las de Donoso, daba un concepto profundísimo del comunismo bolchevique: “Ya sabéis por Teología que ni siquiera el infierno es el mal absoluto. Del mismo modo, el régimen ruso no es el mal absoluto tampoco: es, si me lo permitís, la versión infernal del afán hacia un mundo mejor” (9).

Ante ese dilema entre Catolicismo y Socialismo los pequeños vaivenes de la política significan bien poco. Que un ministerio dure más o menos meses, que mande tal o cual fracción, que la caza de puestos les sea más favorable a unos que a otros, todo ello no sirve más que para acumular ignominia. “Dios ha hecho a las naciones curables; pero no son las intrigas, sino los princi-

(9) Discurso de clausura del II Consejo Nacional de la Falange.

pios los que tienen la divina virtud de curar a las naciones enfermas.”

Reitera aquí Donoso la doctrina sobre la íntima dependencia de lo político respecto de lo religioso, cuya concreción primordial se fija en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Hay que restaurar —le advierte a la Reina— el espíritu católico en nuestra legislación económica y en nuestra legislación política. Se le han usurpado a la Iglesia una serie de derechos que ella ejercitaba, no en provecho propio, sino en beneficio de las gentes. Cualquier restauración que no comience por reconocer prácticamente esta misión apostólica, y por establecer la verdadera jerarquía de las instituciones, será un movimiento estéril.

Quizá convenga advertirlo. No se trata de lo que pudiéramos llamar una “inflación” religiosa. Donoso y Balmes mezclan la religión y la política muchísimo menos que sus contemporáneos, y desde una altura incomparable. Recordemos, por ejemplo, aquellos subtítulos de periódico: v. gr., *El Herald*, que se titulaba “diario político, religioso e industrial”... Recordemos aquellos debates parlamentarios donde se involucraba lo humano y lo divino, y cuya exacerbación había de llevar a trances tan vergonzosos como la denominada “sesión de las blasfemias” (26-abril-1869). Entonces, como ahora y como siempre, la cuestión ha de plantearse reconociendo la misión sobrenatural de la Iglesia, y las raíces religiosas de toda moralidad, privada o pública, señaladas ya en la teoría de los dos termómetros: el del principio religioso y el del aparato coactivo. Lo demás son maquiavelismos, un quedarse a la mitad del camino en soluciones transitorias, y sobre todo un

dilacerar la unidad humana, que se destruye en cuanto lo temporal pretende escapar o imponerse a lo eterno.

El sentido religioso es el que en definitiva salva la dignidad del hombre y su integración en la comunidad. La Iglesia es la llamada a mantener en el Estado un máximo ético. “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”; pero esta sentencia evangélica —como advertía Vázquez de Mella— no puede hacernos olvidar algo que suele olvidarse a menudo: que el César también es de Dios. “En la actitud que un hombre adopta ante la religión es donde se ve con mayor certidumbre si sigue perteneciendo a una comunidad de vida.” Esta verdad, que ha formulado Landsberg refiriéndose a Sócrates y a los sofistas, adquiere singular patencia al considerar los pueblos cristianos, y se impone con evidencia trágica en España, donde siempre que se eclipsó la religión vino a eclipsarse la noción misma de la Patria. Todos nuestros tratadistas clásicos ahincan en este punto cuando amonestan al pueblo y cuando se dirigen al Rey; entre nosotros se ha confirmado a lo largo de toda la Historia aquella sentencia de Orígenes frente a Celso: los cristianos son mejores patriotas que los demás hombres.

* * *

Donoso acentúa, como Balmes, la ordenación de lo político a lo social. Frente a los formalismos democráticos lo cierto es que el porvenir de un pueblo depende de sus realidades sociales. Ya hemos fijado las ideas sobre las formas de gobierno y sabemos que no son indiferentes; pero no es menos cierto que ninguna de ellas puede ser prenda de salvación mientras no

se remedien los vicios de un país. Lo demás nos expondría a un mesianismo peligroso y nos convertiría al cabo en devoradores de formas de gobierno. Por eso tampoco cabe, sería intolerable truco hablar de República o Monarquía en abstracto; lo que importa es definir su contenido substancial para evitar luego confusiones y desilusiones.

En esa coyuntura de regeneración destaca la influencia de las aristocracias. Ya en 1838, al tratar de la Monarquía absoluta en España, advertía nuestro autor cómo las clases aristocráticas tienen siempre un poderoso centro de unidad, pues tanto en los tiempos fáciles como en los difíciles, en tiempos de discordia como de concordia, hay entre sus individuos más factores unitivos que disgregantes. "Los tiranos son enemigos de la aristocracia porque vela, y amigos de la democracia porque duerme. Por eso la aristocracia es un elemento de libertad, y la democracia un elemento de tiranía." Hoy es fácil comprenderlo; entonces se resistían a creerle, aunque, eso sí, no le regateaban los aplausos.

¿Quién no habrá pensado en este contrasentido? Como luego con Vázquez de Mella, al final de los discursos de Donoso Cortés solemos leer en el *Diario de Sesiones*, amén de las "ovaciones prolongadas" que interrumpen los párrafos, acotaciones como ésta que transcribo literalmente: ("Aplausos estrepitosos y confuso rumor de voces: ¡Bien! ¡Muy bien!; los diputados rodean y abrazan al orador; muchos espectadores de las tribunas le saludan, agitando pañuelos y sombreros; la sesión queda largo tiempo interrumpida...") ¿Y luego, Señor? Luego, esas ovaciones no dejaban más huella que las dedicadas a un torero o a un divo.

el fervor se disolvía, las chisteras volvían a su puesto, y al margen del sentido común, por la vía muerta de la retórica, continuaba el calvario de España.

* * *

Otro capítulo de su ideario, al que aludiré concisamente, es el relativo a la política exterior. Por de pronto, para tener una política exterior de verdad es necesario, ante todo, que el Gobierno no haya de malgastar sus energías en discusiones estériles o en dominar a las facciones. Bien entendido que las facciones no están siempre enfrente, que pueden hallarse enquistadas dentro del ámbito gubernamental.

Los dos objetivos primordiales de la política española son Portugal y el Norte de Africa. En cuanto al pueblo hermano, él postula una reintegración pacífica y cordial de la unidad ibérica. De entonces acá el tema hispano-lusitano ha sido objeto de muchas meditaciones y parece haber entrado en su cauce definitivo: la conjunción de espíritus y destinos por encima de unas fronteras ya indiscutibles. El Norte de Africa es para nosotros un mandato histórico, una exigencia geográfica, una garantía de seguridad respecto de Francia, y, por añadidura, expansión natural de nuestro mercado. Y aun resta otra razón poderosa: la de que nosotros estamos en mejores condiciones que nadie para colonizar esas tierras.

De sus impresiones sobre los distintos pueblos de Europa me guardaré de hablar aquí. Pero sí importa recordar su sentido autárquico de las alianzas: "las alianzas no son un fin, las alianzas son un medio de conseguir el fin que se apetece; y el fin consiste en los

intereses permanentes de la nación". Lo cual no empece para que en trances críticos los fines nacionales hayan de ordenarse a una finalidad superior: por ejemplo, al entrar en la contienda entre Catolicismo y Socialismo, entre civilización y barbarie, entre Dios y el diablo. Brota aquí una chispa de aquella claridad rotunda que fué el tono hispánico de los buenos tiempos, cuando nos sentíamos paladines de la Catolicidad, más papistas que el Papa; cuando un Hugo de Moncada se dirigía a Clemente VII en estos términos de honrada petulancia: "Porque nuestro único objeto, Santidad, lo único que queremos y exigimos los españoles es salvar la Religión. Y sabed, ya que parece como si lo hubiérais olvidado, sabed que no existen en el mundo más que dos poderes legítimos: el Papa y el Emperador. Imperio y Pontificado han de ir concordados, y cuando uno de los dos falta a su misión, corresponde al otro llamarle a sus deberes y ponerle en su sitio, como la santa Religión exige. El Papa y el Emperador lo son todo, Santidad. Y el resto es del diablo."

* * *

Este es el espíritu de Donoso Cortés. La política sacude su polvo cotidiano y remonta por amplios caminos de historia, frente a perspectivas de corte apocalíptico, transida de eternidad bajo la presencia de Dios. Dinamismo y decisionismo entre el bien y el mal. Predica para que nadie se hurte a la gran contienda, que la mayoría sólo la ven cuando estalla, y no en sus fases sordas; para que nadie se deje llevar por los caminos fáciles ni haga el avestruz. Tiempos vendrán —anunciaba San Pablo— en que los hombres no po-

drán sufrir la sana doctrina y acudirán a una caterva de doctores que les hablen a su gusto y halaguen sus oídos y se amolden a sus desordenados deseos. “En medio de nosotros, de las razas gobernantes del mundo —clamaba Ramiro de Maeztu— hay también muchas gentes que viven al mínimo, y, de no existir pequeñas minorías responsables, harían caer a toda nuestra civilización en la vida llamada *primitiva*. Hay quien dice que la revolución social no tiene otro ideal.”

Conviene pensarlo. La actualización del ideario de Donoso nos lleva a cultivar la conciencia y la responsabilidad de esa misión regeneradora, siempre al filo del ser y del no ser, esgrimiendo verdades absolutas. Creer que nuestro destino tiene algo que ver con las acrobacias políticas sería bien triste necesidad, y allá quienes gusten de pasatiempos seniles. Creer que la suerte de España pueda ser la de cualquier ínsula Barataria, implicaría, *ipso facto*, una expatriación intencional. A las luces de la actual tormenta vislúmbrase muy clara nuestra misión: quizá sin merecerlo, quizá a pesar nuestro, estamos llamados a ser los reconquistadores espirituales del mundo, paladines de la nueva Contrarreforma. Nuestra neutralidad no puede menos de tener este alcance: líbrenos el Señor de creer que es un premio o una casualidad, o el resultado de habilidades; líbrenos, sobre todo, de malograrla tras el provecho material. Nuestra neutralidad ha de ser una fase de silencio y de preparación ascética y de fortalecimiento interior, para luego derramarnos apostólicamente al servicio de Dios y de la Verdad, vencedores definitivos.

Pensemos que en la economía de la Providencia puede pesar más un vaso de agua dado por caridad

que el derrumbamiento de un Imperio. Pensemos que tres carabelas pueden abrirle al mundo rumbo infinitamente más glorioso que una formidable escuadra. Felizmente, tenemos los españoles las mejores armas: bastará una sacudida enérgica para que el mundo entero, cansado, desorientado, nostálgico de rumbos perdidos, se detenga a escucharnos. Han de pesar mucho nuestra palabra y nuestro ejemplo. Y sería imperdonable que, por habernos distraído en cuestioncillas y naderías, o por simple vagancia, en la gran hora no tuviéramos nada que decir.

JOSÉ CORTS GRAU.

NOTAS

